

En honor de un colegial ilustre

DISCURSO DEL DOCTOR JOSÉ M. SAAVEDRA GALINDO,
EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN DEL BRONCE DEL DOCTOR
IGNACIO DE HERRERA Y VERGARA, EN CALI, EL
20 DE JULIO DE 1927

Señor Gobernador del Departamento; señor Presidente del honorable Consejo municipal; señores miembros de las delegaciones de Bogotá, de las seis ciudades confederadas del Valle, y demás distritos aquí representados; señores miembros de la Junta de festejos patrios; señoras, señores:

Debo a la Junta de festejos patrios de la ciudad de Cali el honor de llevar la palabra en esta solemne inauguración del bronce del doctor Ignacio de Herrera y Vergara, decretado por una ordenanza del Departamento del Valle del Cauca y por una ley de la República. Y deben Colombia y Cali esta glorificación del gran patricio a los esfuerzos y a la ciencia histórica del doctor Demetrio García Vásquez. (Tengo, además, las honrosas representaciones de Jamundí y de la Cumbre).

Largo de un siglo va corrido desde el día en que el eximio mártir de nuestra emancipación, doctor Joaquín de Cayzedo, el amigo y confidente del doctor Herrera y Vergara, le hizo a éste la bella profecía que vemos realizada hoy: «La patria inmortalizará su nombre. Yo he dicho, y lo promoveré, que se le erija a usted una estatua en esta ciudad como al héroe inmortal de la libertad del reino».

El legislador colombiano, a moción de quien os habla aquí, e inspirado por el eminente historiador, doctor Eduardo Posada, dispuso en la ley en que la nación se asoció a la justicia de este monumento, que la plaza en que él se colocara se bautizase con este nombre: «Plaza del 20 de julio».

Y en verdad que no hay nombre mejor para el sitio en que se alza el bronce de Herrera y Vergara, la recia figura de la aurora de nuestra emancipación; el que a virtud de su conocida correspondencia con los comisarios regios, Villavicencio y Montúfar, también amigos de la autonomía del reino, fue nombrado procurador del cabildo de Santa Fe, desde 1809, para preparar bajo su sombra la revolución de 1810.

El que ejercía aquel cargo en la tarde memorable en que el pueblo bogotano abrió su Cabildo para proclamar la independencia nacional; para romper las cadenas de la esclavitud política; para volcar en la plaza pública el viejo trono peninsular de tres siglos; para rescatar y ejercer el derecho de los americanos a ser libres; para mostrarles a los virreyes el camino por donde salen los gobernantes sin cetro y sin corona; y, sobre todo, para evidenciar que América se separaba de España, porque un mundo no podía depender de otro mundo!

El que fue, no el único, pero sí el primero, en lanzar el grito de libertad en nombre del pueblo que representaba aquel día.

El que en aquellas horas efervescentes, fue sólo al palacio del virrey Amar y Borbón, a exigirle que saliese a presidir el cabildo abierto que proclamaba el gobierno autónomo; y quien tras de rechazar indignado la oferta del virrey de nombrarlo oidor de Quito si calmaba las iras populares, oyó hasta la tercera negativa del mandatario español: «No, ya he dicho». Ante la cual, y cuando ya el virrey tembloroso por el oleaje humano que amenazaba sepultarlo, convino en salir a presidir el cabildo libre, le replicó con aquellas palabras que, al través de un siglo, todavía resuenan con el rumor olímpico de las grandes transformaciones de la historia: «Ya es tarde...» Escena sublime, que recuerda a Luis XVI

preguntándole a su ministro, ante el pueblo que veía reunido: «¿Es aquello un motín?» A lo que le contestó el ministro:—No señor; eso es una revolución. Era la revolución francesa.

El que en aquella noche de insomnio y de perenne deliberar, ante la multitud que lanzaba al mundo una nueva nación, sancionó, como procurador del cabildo de Santa Fe, el acta de independencia con estas memorables palabras: «Conforme al derecho que tienen el pueblo soberano y la junta que lo representa, para organizarse como los pueblos libres».

El que fue miembro de la junta suprema de Santa Fe, que aquel mismo día glorioso asumió el mando del caído virreinato, y dio la vida, la primera fisonomía a lo que hoy es nuestra patria, despertando a todos los pueblos de la Nueva Granada, con un golpe de luz como de aurora, con un faro guiador, con la antorcha de nuestra naciente libertad.

Hé aquí por qué la plaza que Cali le ha dado al bronce de su hijo ilustre, se le llama «Plaza del 20 de julio».

Mas, no consideró el prócer Herrera y Vergara concluida su augusta misión con el feliz suceso de la proclamación de nuestra independencia. La comenzaba apenas. No era el hombre común, de los que empiezan y no acaban. El mismo lo dijo en su admirable mensaje a la confederación vallecaucana: «Comenzar obras grandes es propio de todos los hombres. Pero sólo las almas grandes las llevan a su perfección».

Fue el doctor Herrera el mantenedor del fuego sagrado de la independencia, como una vestal, en las seis ciudades confederadas del Valle del Cauca y en Quito. Así lo testimonia su correspondencia revolucionaria con el

insigne obispo de aquella capital, doctor José Cuero y Cayzedo, y con los rebeldes de agosto del Ecuador, y con los patriotas del Valle; en especial, con el que fue la cabeza de la revolución en Cali, doctor Joaquín de Cayzedo, cuyo bronce justiciero se alza en la plaza mayor de la ciudad; y con el prócer Manuel Santiago Vallecilla, cuyo martirio ejemplar reclama también la consagración de los inmortales. Y así aparece de las actas de la junta suprema de Cali, que encabezaba la confederación con las ciudades de Buga, Cartago, Caloto, Anserma y Toro, hoy representadas aquí, como hace 116 años.

Como miembro activo de la junta suprema de Santa Fe, fue el doctor Herrera el factor decisivo en el envío de la expedición armada de Baraya para la defensa de las ciudades amigas del Valle contra la amenaza reaccionaria del gobernador de Popayán, expedición que con las fuerzas colecticias del Valle, dio la batalla de Palacé, la primera detonación de fusil de aquella tempestad de cañones que duró quince años; la que libertó a la propia capital de Popayán; la que libró entonces al Cauca de las garras de la tiranía; la que humilló la soberbia y la astucia del sagaz gobernador Tacón, obligándolo a asilarse vencido tras de los peñascos del Guáitara y las rocas erizadas de Juanambú. La batalla en que el abanderado, Manuel María del Campo Larraondo, se envolvió mortalmente herido en la bandera de las ciudades confederadas del Valle, para caer amortajado en ella; de su cuerpo la tomó el futuro Atanasio Girardot para tremolarla victoriosa forzando el paso del río Cauca; y más tarde, con el ejemplo del joven soldado caucano, Girardot supo morir envuelto en el tricolor de Miranda, en la cumbre del Bárbula. Ambos, del Campo Larraondo y Girardot, empurpuraron con su sangre de cisnes degollados la patria bandera. Tal vez en estos pasajes

homéricos de nuestra historia nacional, se inspiró nuestro poeta Nieto para exclamar: «...Hoy eres tricolor; tal vez mañana,—bandera colombiana,—la sangre nuestra te convierta en rosa...».

El soldado caucano, cuyo patriotismo inexhausto fue encendido desde 1809, por Herrera y Vergara, estuvo con el arma al brazo durante todos los 15 años de la guerra creadora de las cinco naciones de Bolívar. Unas veces en su territorio; otras en el ajeno; pero siempre en armas. Así lo dice Sucre a Santander; Santander a Bolívar; y lo dice Bolívar mismo, en el decreto en que hace a Cali capital de la provincia del Cauca, y cuando escribe: «...el Cauca ha hecho sacrificios inmensos y ya no puede hacer más... el Cauca está arruinado como Pamplona...»

Y lo dicen los hechos más que las palabras.

La batalla del Bajo Palacé, que acabo de citar, de Baraya contra Tacón en 1811. La batalla naval del puerto de Santa Bárbara de Icuandé, de Rodríguez, con soldados caucanos, contra Tacón, en 1812.

La expedición al sur, del doctor De Cayzedo y de Macaulay, y su sacrificio en 1812 y 1813.

Las batallas del Alto Palacé, de Calibío y Juanambú, de Nariño y de Cabal el mayor, con el ejército unido de Cundinamarca y el Cauca, contra Sámano y Aymerich, en 1814; la pérdida nunca bien lamentada de Nariño, que dejó en los ejidos de Pasto la corona de libertador que Bolívar se ciñó después en el puente de Boyacá; y la nunca bien ponderada retirada del general Cabal.

La batalla del río Palo, de Cabal y de Serviez, y de los futuros generales José María Córdoba y Joaquín París, contra Vidaurrázaga, el lugarteniente del presidente Montes, en 1815. ¡Oh, la batalla que fue el epílogo glorioso de las victorias caucanas, que precedieron a los años

de la reconquista y del terror! Aquella en que el oficial francés, Serviez, venció con una carga a la bayoneta, que vista allí, por Córdoba, fue a darla después en Ayacucho, transformada por su portentoso genio militar, con el nombre inmortal de «paso de vencedores».

Este recuerdo y la carta que Córdoba escribe desde Huamanga, nueve días después de Ayacucho, a su amigo de Antioquia, Sinforoso García, desmienten la audaz aseveración del historiador venezolano Eloy G. González, que dice que Córdoba era un soldado vulgar, incapaz «de componer *el paso de vencedores*», que nosotros le hemos inventado. Cuando Córdoba, consciente de su hazaña formidable, le dice a García: «Cargué a la francesa; y digo a la francesa, porque hice llevar armas a discreción hasta medio tiro de pistola». Córdoba había sido discípulo de Serviez en la academia militar de Antioquia, fundada por el dictador del Corral, bajo la dirección de nuestro sabio Caldas; y había sido discípulo de Serviez en la batalla vallecaucana del río Palo; y por eso, en Ayacucho, cargó a la francesa....

Y tras del interregno de los años del terror, la batalla de San Juanito, en 1819, de Ricaurte contra Rodríguez, el capitán de Calzada, que había recogido en Santa Fe, y con ellos se había hecho fuerte en Popayán, los últimos restos del ejército realista, vencido por Bolívar en Boyacá.

Como lo veis, Bolívar no encontró enemigos en el Valle del Cauca en su paso triunfal hacia el Ecuador y el Perú. Sólo encontró soldados y recursos. El Valle del Cauca había barrido su suelo de enemigos de la libertad. Bolívar sólo tuvo que vencer la fortaleza de Bomboná, o Alto de Cariaco, para pasar a Quito.

Las tiendas de campaña del Libertador-presidente blanquearon aquí, sin mancharse de sangre enemiga, como una alba bandada crepuscular, que hubiera llegado con

la fatiga de su vuelo, a posar una tarde en este Valle de esmeralda, para continuar, con la aurora del día siguiente, su vuelo victorioso hacia el sur.

Y aquí organizó Sucre su famosa expedición austral. Un día del mes de marzo de 1821 salió de esta ciudad, enfilado, el batallón Santander, de oficiales y soldados caucanos. Llevaba una bandera bordada por las manos de las damas caleñas. Y fue a libertar a Guayaquil en el combate de Yaguachi; y a Quito, en las faldas del Pichincha; en donde Sucre, sobre un repecho andino, clavándole las estrellas de sus espolines, sentó su caballo de guerra, con un aire tan victorioso y tan marcial, que todavía espera para ser bien descrito, la pluma de Plutarco! Y después, este mismo batallón Santander, ya en sus últimos restos, y cambiando su nombre por el glorioso de Pichincha, fue a ayudar a la liberación del Perú, en la angosta llanura y en el cerro del Cuello del Cóndor, en Ayacucho, en 1824.

Todo este empuje y todo este coraje del soldado libertador del Valle, lo sembraron las cabezas de la estirpe procerca de su suelo, que presidía la rebelde, la insurgente Cali: los Cayzedo y Cuero, Cuero y Cayzedo, Cayzedo de la Llera, Vallecillas, del Campo Larraondo, Herreras, Escobares y Cabales Baronas.... En aquella casa vetusta de la hacienda de Cañasgordas, en aquel salón-escritorio, que mira hacia el camino que cortan los bellos ríos— el Pance y el Meléndez, en donde se reunía el cenáculo revolucionario de Cali, como un vibrante circuito eléctrico, con repercusiones en Santa Fe, donde alentaba Herrera; y en Quito, donde se erguía como un penacho, la figura procerca del obispo José Cuero y Cayzedo, que murió en Lima, camino del destierro; de la misma estirpe patricia del doctor Herrera y Vergara; la estirpe vallecaucana que dio 15 cabezas a la revolución; unas para el cadalso; otras para el destierro; y todas para el triunfo!

La casa de Cañasgordas, es el Partenón griego de la libertad cancana. Su recuerdo nos muestra a Cali de esa época como a una Roma prístina y lejana, donde hubieran surgido nuestros Rómulos amamantados por la loba latina. El sitio sacro de las deliberaciones revolucionarias, comparable a la aldea de Setenta, de Venezuela, en donde el consejo de oficiales, presidido por Bolívar y Santander, planeó la expedición interandina que triunfó en Boyacá!

En aquellos días de nuestra lucha magna, el doctor Herrera y Vergara era una bandera enarbolada; un clarín de guerra; un redoble de tambor; el índice de un cuadrante que señalaba el nacimiento de una nación. Y eran las seis ciudades confederadas del Valle, que él encendía con su fuego revolucionario, el eco más fiel, la más auténtica y vibrante repercusión del grito emancipador del 20 de julio.

Apóstol abnegado y desprendido, se consagró por entero a la causa de la libertad americana hasta perder por ella la cuantiosa herencia que le dejó su padre. Oíd cómo lo expresa él mismo: «Ocurrió la muerte de mi padre, ya decrepito, cuando yo estaba en el presidio de Puerto Cabello. Y hasta ahora, cargado de familia, no he podido embolsar un maravedí».

Hé aquí el verdadero apóstol de la verdad; al que sacrifica una ventajosa posición personal, en beneficio de sus conciudadanos. Muy diferente de los falsos apóstoles, que sólo provechos sacan del sacrificio de sus semejantes. Como lo dijo insuperablemente el poeta:

«Vivir entre zozobras y quebranto,
—Roído el pie por ancestral cadena—
Y sacudir la bárbara condena,
Hazaña fue que consumaron tántos.

Mas, florecer entre opulencia y cantos,
Y en holocausto a la ventura ajena
Volcar la copa de delicias llena,
Es proeza de mártires y santos».

Escapó el doctor Herrera, por circunstancias especiales de familia, al patíbulo de los años del terror. Pero tuvo que marchar a pie a los trabajos forzados del presidio de San Felipe en Puerto Cabello, alimentándose con frutas silvestres, tasadas y adquiridas con la dádiva generosa de un gran patricio franciscano, fray José Joaquín de Escobar, quien merece como pocos el bronce de la gratitud nacional.

Autor de las famosas «Instrucciones para el Diputado del Reyno», atribuidas por su excelencia durante mucho tiempo al insigne don Camilo Torres, que escribió la «Representación a la Junta Central», tres meses después del admirable documento del doctor Herrera, el más profundo y luminoso estudio que hasta hoy se haya escrito sobre la verdadera situación política de las colonias, que engendró la revolución de 1810.

Estadista vidente, acompañó a Nariño en el punto de vista de la defensa común y del régimen central, como único medio de salvar la naciente república de la inminente reconquista española.

Jurisconsulto, catedrático de derechos, y magistrado, fue uno de los frutos sazonados del árbol de la ciencia, que plantó el sabio Mutis en el histórico Colegio del Rosario, de Bogotá, que se le enfrentó a los tribunales de la Inquisición, y que formó aquella constelación de cerebros que fueron el alma de la revolución en el país: Nariño, Caldas, Torres, D'Elhúyar, Girardot, Maza y Cabal, y cien más.

Dominaba y divulgaba las tesis absolutas de los enciclopedistas franceses, encabezados por Rousseau y Car-

los de Montesquieu. Era el tipo clásico del revolucionario. Por eso dijo Caldas: «Herrera, con su caracter vigoroso y ardiente, sostuvo nuestra libertad». Y uno de sus biógrafos agrega: «Fue el héroe insuperable de la jornada del cabildo abierto del 20 de julio».

Hé aquí el retrato físico que de él nos queda hecho por el cronista Pedro María Ibáñez: «Contaba 40 años de edad. Había nacido en Cali. Por su vastísima instrucción y por su amor a las ideas republicanas, era un digno compañero de Gutiérrez y de Torres..... Tenía los ojos grises y chispeantes; y su rostro de color cetrino y su nariz regular, eran animados frecuentemente por gestos de impaciencia; y su cuerpo todo estaba animado por ademanes enérgicos; porque era todo entusiasmo, vitalidad y fuego».

Venía el prócer Herrera de una recia estirpe de Galicia y Santander en España. De Galicia, en donde están los robles, de los cuales se tallaron los retablos de las catedrales góticas, y los árboles y los puentes de las carabelas que descubrieron la América y pelearon en Lepanto. Y de Santander, el puerto nórdico de Castilla, en donde están los encinares castellanos y leoneses, de donde se cortaron las picas de los vaqueros de Ballén, los soldados montaraces de San Martín, que vino después, con la bandera libre de América, a cruzar las pampas de la Argentina, y a escalar los Andes del Perú. También Bolívar venía de los Bolívar y Palacios de Vizcaya, de un recio abolengo español, que gastó más de diez siglos incubando aquella incomparable floración del genio!

Con tales antecedentes de raza, el doctor Herrera hizo de su cabeza un cráter encendido del volcán de la revolución.

Como lo veis cumplido en nuestra historia, como en todas las historias del mundo, sólo de los grandes hombres han nacido las grandes ideas. Las ideas redentoras,

Como sólo de la leona nace el león. Sólo conducidos por ellos realizan los pueblos sus grandes destinos. Pueblos sin conductores, son ríos sin cauce; nave sin norte, sin brújula y sin timón; rebaños para pasto de los lobos.

Os he hecho esta síntesis de dos siglos, para sacar de ella las grandes lecciones de la historia, que son siempre el espejo del porvenir. Que sólo conducida por sus grandes hombres esta democracia caucana ha cumplido bien su misión histórica de ser grande y de ser libre. Que nunca fueron los fastos del pueblo caucano, las supresiones de las cabezas de su raza, sino, al contrario, la exaltación de ellas, como las únicas creadoras de gestas heroicas, a costa del patrimonio y de la vida.

Pueblo vallecaucano: delante de esta efigie de bronce, que es uno de vuestros grandes símbolos representativos, he venido a mostraros vuestra historia, para recordaros que en vuestros anales nunca se encontraron páginas escritas contra la libertad, ni contra el pensamiento, ni contra la cultura, ni contra los valores de la civilización; sino bellas páginas políticas, creadoras de naciones, demoleedoras de tiranías, destructoras de cadenas..... Bellas páginas que brillan como antorchas luminosas en el camino del progreso del espíritu humano!

Con Herrera y Vergara y su raza procera, en los campos de lucha de nuestra independencia. Con López para la liberación de los esclavos. Con Arboleda en Tulcán. Con Mosquera en Cuaspud. Y posteriormente, cuántos de vuestros inolvidables conductores desaparecidos, desde Conto hasta Benjamín Herrera, supieron que en las luchas por la república igualitaria, las montañas, los valles y los ríos de este suelo se han visto rojos por el hervor de la sangre de su pueblo.

Todavía pueden ver mis ojos, y lo verán sin duda, a este pueblo, escribiendo las bellas páginas que aún le faltan a Colombia para que sea, ante todos sus hijos, una

madre de verdad; para que comparta equitativamente su patrimonio moral y material, que fue el legado de nuestros próceres, entre todos los ciudadanos que constituyen su conglomerado social.

Mirad este monumento que dejamos inaugurado hoy para enseñanza de la posteridad. La estatua representa al doctor Herrera mostrando en su mano el acta de nuestra independencia, que él sancionó como procurador del cabildo de Santa Fe. Uno de los bajo-relieves muestra al pueblo santafereño congregado en la plaza pública escuchando la palabra tribunicia de la revolución. En el otro aparece el prócer Herrera entre los espesos muros, y tras de la reja férrea del rastrillo penitenciario de los presidios de Puerto Cabello, expiando su amor a las ideas de la república. Una placa conmemorativa le dejan las ciudades confederadas del Valle, a quien fue su asesor, y a quien las alentó en la dura prueba de la revolución; y otra placa, finalmente, ha enviado para su pedestal, el honorable consejo municipal de Bogotá, a quien fue su procurador el 20 de julio de 1810.

Delante de este monumento, permitidme exclamar antes de dejar esta tribuna: ¡Oh democracia colombiana, bendita seas! De la honda crisis que atraviesas, habrás de salvarte, hoy como ayer; porque estás reconstruyendo sobre la vieja patria de nuestros próceres, una patria nueva; porque has fundido el hierro de los cañones de la guerra magna, transformándolo en paralelas de acero, y en ruedas automoviliarias, que allanan nuestros andes y juntan nuestros mares, y en las sonoras hélices de los aviones, que cruzan nuestro cielo, y que vienen como las águilas romanas, a coronar las sienas de los hombres constructivos, de los hombres del Derecho y de la Libertad!

